

EL MUNDO

Martes, 27 de enero de 2004. Año XV. Número: 5.163.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

¿Por qué Aznar se puede ir y Blair no?

PETER PRESTON

Hay un primer ministro en buena forma y con buen aspecto, a sus 50 años, y dentro de nada se habrá ido. No por una derrota ni por el clamor popular; simplemente abandona la escena cuando así lo decide. Designó a su sucesor en otoño pasado y convocó elecciones generales la semana pasada. Un buen momento para irse: el 14 de marzo. El partido que él rescató del desierto está muy por delante en los sondeos y listo, con una renovada energía, para un tercer mandato.

Es posible que este primer ministro (o, con mayor precisión, presidente del Gobierno) haya hecho mal algunas cosas (como Irak). En cualquier caso, lo que sí ha hecho maravillosamente bien es su partida. Dos mandatos son suficientes. Todavía conserva su abundante pelambrera morena y su imperturbable media sonrisa. Se va en la cresta de la ola.

¿Qué hay de su mejor amigo en Europa, ese otro primer ministro de 50 años, con buen aspecto y en buena forma? El hombre al que acusan de ser un pseudopresidente. Parece más cansado que nunca, más tenso, más agotado. Bueno, ésta es una semana difícil. En cualquier caso, todas las semanas son difíciles cuando uno está encadenado al mástil sin alternativa a la vista; cuando lo único que hay que hacer es aguantar y aguantar.

¿Por qué José María Aznar puede irse en España tan tranquilamente mientras que Tony Blair anda sumido en aguas cada vez más profundas? Ambos tienen que ganar unas elecciones para sus partidos y tienen que someter a sectores levantiscos. Sin embargo, obsérvense las diferencias y maravíllense al respecto. ¿Es simplemente una cuestión de cultura política o es que se ventila en este asunto algo más profundo?

Para cualquier observador auténticamente desapasionado, la dificultad estriba en que, siete años después, el señor Blair sigue siendo punto y aparte. No hay más que verle en Newsnight [un popular programa televisivo] enfrentado a una audiencia de escépticos recalitrantes. No hay color, sea lo que sea lo que opine el parcial árbitro del Daily Mail. Es consciente de sus cualidades; tiene a su favor las estadísticas, el encanto y las ganas de convencer. ¿Se atreverían Chirac o Schröder a jugársela como él? Ni hablar. ¿Como asesor de Bush,

dejaría Karl Rove a su presidente en una situación más o menos similar, en un interrogatorio como éste, sin trabas y sin límites? Gracias y buenas noches, «presidente Gafe».

No, Blair es un maestro, un luchador y un retórico que todavía supera a sus contemporáneos a la hora de enarbolar la bandera del liderazgo occidental. Es una estrella, lo mejor con que cuenta Gran Bretaña. Así pues, ¿cuál es, por favor, la razón por la que todo el mundo da la impresión de estar tan indecentemente ansioso por verse libre de él? Una pregunta con múltiples respuestas y con una sola y singular.

Entre las respuestas múltiples hay que incluir a Bagdad, por supuesto; otras hay que buscarlas en lo más recóndito del viejo laborismo y salen a relucir del armario polvoriento enemistades y divisiones. Sin embargo, la sola y singular, la única respuesta de la que rara vez habla la clase política, es mucho más sencilla que las demás. Estamos aburridos... Once años de Frasier, nueve años de Friends, cinco años de Los Soprano, siete años de Blair... Nos trae sin cuidado que siga siendo un tipo fantástico. Hasta aquí hemos llegado, con trascendentales misiones y sonrisas estereotipadas. ¿Podemos ya cambiar de canal, por favor?

A decir verdad, esta clase de exigencias no proviene, de entrada, del ciudadano medio. El votante común y corriente va más despacio, siempre que no se le provoque. Sin embargo, el sistema, nuestro querido sistema de gobierno, garantiza que se le pregunte con bastante celeridad. Siete años de remodelaciones dejan un peso muerto de descartes a la intemperie sin nada que hacer salvo tramitar un cambio de régimen. Siete años con los mismos dirigentes de siempre y con los mismos temas de siempre degeneran en una tele aburrida y en un periodismo repetitivo. ¡Oh, no, ahí está otra vez! Hasta Gordon Brown [ministro británico de Economía] daría para más. Hasta Michael Howard [líder del Partido Conservador británico] parece fresco y nuevo.

En cierto sentido, parte de la culpa la tiene el propio Blair. Desde un principio, su estilo ha sido presidencial. Es él quien se ha situado a sí mismo como fuente de todo poder. Es él quien ha enamorado a las cámaras de manera tan implacable como las cámaras le han enamorado a él. Una jefatura de gabinete imperial. No obstante, nunca hay que olvidar las circunstancias atenuantes.

Recibió en herencia la soterrada impotencia de John Major. ¿Podía abandonarse la comunicación del Gobierno a los Hoon, Straw y Darling? ¿Eran Dobson y Cook los señores Carisma ideales? Promovió a Clare Short y la mantuvo a pesar de sus puntos flacos durante años y años porque tocaba la fibra popular. No hubo multimillonarios rusos rondando Downing Street; recuérdese, no podía dar una vuelta por ahí y comprarse un equipo nuevecito, sino que tuvo que sacar el mejor partido de lo que tenía; fue él quien tuvo que jugar de medio centro.

Naturalmente, una situación así malogra rápidamente expectativas y lealtades (me juego lo que sea a que Geoff Hoon [secretario de Estado de Defensa] cree que es un excelente comunicador). Lo que ocurre es que también malogra primeros ministros, incluso más rápidamente. Una situación así retoma cada una de sus frases y cada una de sus equivocaciones y las convierte en posibles pretextos de enfrentamiento. Una situación así se mueve entre la adulación y la inculpación. No es sino otra dosis más de cultura del famoseo.

¿Conseguirá Blair superar esta difícil semana? Es lo más probable. Es lo más probable con todo merecimiento. Ahora bien, ¿en qué condiciones va a sobrevivir a otra tras otra y tras otra? Un problema de sistema. George W. Bush tiene una solución que le anima. En el mejor de los casos, dentro de cinco años ya no estará en esto. Las limitaciones de mandato suponen un plazo de tiempo, un preajuste del mando de la tele. Aznar ha optado por una solución más rompedora. Fue él quien se impuso sus propios límites de mandatos. Quizá Tony Blair debería ya hacer eso mismo.

El problema tradicional con la desaparición política prevista de antemano es, sin duda alguna, que el personal se vuelva inepto. La fuerza les abandona y se ponen nerviosos. Sin embargo, siempre existen compensaciones para lo que puede hacerse y decirse en esa zona crepuscular. A menudo suele producirse un resurgir de la adrenalina, la libertad, una liberación.

El liderazgo político, digan lo que digan los retóricos, no es algo así como la llameante antorcha de una misión que se pasa al que viene después. Por lo general, no es más que una serie de episodios, de pasos adelante, de pasos atrás. Y los episodios llegan a su fin. Aznar ha terminado su episodio y, pragmáticamente, modestamente, se prepara para otro. Ya se ha cerrado su lugar en la historia. Sin embargo, Blair no admite cierre alguno. Está a la espera de que le golpee la tragedia personal, como golpeó a Margaret Thatcher. Se está echando a perder él solo. Tiene todo lo que se puede tener, excepto los medios para pedir la hora.

Peter Preston es analista del diario británico The Guardian del que fue director de 1975 a 1995.